

AUDE LANCELIN Y
MARIE LEMONNIER

LOS FILÓSOFOS Y EL AMOR

De Sócrates
a Simone
de Beauvoir

TRADUCCIÓN DE
JUAN CLAUDIO DE RAMÓN

DEUSTO



Los filósofos y el amor

De Sócrates a Simone de Beauvoir

AUDE LANCELIN
MARIE LEMONNIER

Traducción de Juan Claudio de Ramón



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Les philosophes et l'amour*

© Aude Lancelin y Marie Lemonnier, 2008

© Éditions Plon, 2008

© de la traducción, Juan Claudio de Ramón, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Las traducciones de las obras que en este libro se mencionan han sido utilizadas con el permiso de las editoriales Acantilado, Sígueme, Herder y RBA, a las que agradecemos su colaboración. En el resto de los casos, se ha contactado con los responsables de derechos de autor y no se ha obtenido respuesta.

Primera edición: febrero de 2025

Depósito legal: B. 23.019-2024

ISBN: 978-84-234-3837-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Nota a la traducción	7
Introducción	9
1. Platón. Himno al amor	17
2. Lucrecio. El amor desafiado	27
3. Montaigne. El amor a saltos y brincos	39
4. Jean-Jacques Rousseau. Vida y muerte del romanticismo ..	57
5. Immanuel Kant. El desierto del amor	79
6. Arthur Schopenhauer. El amor asesinado	93
7. Søren Kierkegaard. El amor absoluto	113
8. Friedrich Nietzsche. El amor a martillazos	137
9. Martin Heidegger y Hannah Arendt. Los aletazos de Eros ..	157
10. Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. El amor en libertad	175

1

Platón

Himno al amor

Allá está el bien que todo espíritu anhela,
allá el reposo al que el mundo aspira,
allá está el amor y también el placer.

JOACHIM DU BELLAY, *El olivo*, 1550

Inaugural y enigmático, el *Banquete*⁴ de Platón determina la visión occidental del amor los siguientes dos milenios. Por cierto, que resulta «bastante chistoso», tal y como observa el psicoanalista Jacques Lacan, que desde entonces no haya habido una sola reflexión ni una sola meditación religiosa sobre el deseo que no haga referencia a un texto «que representa, a la postre, una reunión de mariquitas».⁵ Extraño relato, en efecto, el de esta borrachera colectiva. En casa de Agatón, victorioso la víspera en un

4. Para todas las citas de Platón en lengua española, se sigue la edición de Biblioteca Clásica Gredos; en concreto, el tomo III de los *Diálogos*, que contiene el *Banquete* y el *Fedro*, los dos diálogos mencionados en el capítulo. Las traducciones son de Marcos Martínez Hernández y Emilio Lledó, respectivamente. (*N. del t.*)

5. Lacan, Jacques, *El seminario 8. La transferencia*, Paidós, Barcelona, 2003.

certamen de poesía trágica, se han citado un puñado de jóvenes ebrios y disipados, algunos viejos homosexuales de la nobleza ateniense, Sócrates, que cuenta a la sazón con cincuenta y tres años, su gran rival, el cómico Aristófanes, y, por una vez, una mujer, extranjera y sacerdotisa, por más señas. No obstante su ausencia física en el diálogo, Diotima de Mantinea es la figura central del *Banquete*, aquella de la que Sócrates, menos locuaz que en otras ocasiones, quiere ser portavoz. Se la presenta como la «experta» de quien el filósofo confiesa haber obtenido el único saber que posee: la verdad sobre el amor.

He aquí al viejo sabio, enigmático como nunca. Máxime siendo conocido que él mismo las pasaba canutas en casa con una auténtica arpía, la tal Jantipa. Esa mujer gruñona con quien tuvo un hijo, Lamprocles, le reprochaba sus actividades de pensador, tan peligrosas como poco lucrativas. Parece ser que las pintorescas peripecias de su matrimonio eran objeto de bromas en la época. Así, nos ha llegado la anécdota de un memorable aguacero, cuando, tras una discusión, Jantipa le arroja una palangana de agua grasienta a la cabeza. Gesto al que Sócrates responde con estoicismo: «Tras los truenos es natural que venga la lluvia».

No sabemos casi nada del padre de la filosofía. Nació en el Ática, en Alopece, en el 470 a. C., hijo de escultor y comadrona, oficio que comparará al suyo: «partero de almas». Se dice que fue discípulo de Anaxágoras, al igual que Pericles. Reza otra leyenda que tuvo una segunda esposa, Mirto, que le dio dos hijos, Sofronisco y Menéxeno. Todo lleva a creer, sin embargo, que el rumor de bigamia difundido por Aristóteles y Diógenes Laercio sólo buscaba desacreditar al hombre misterioso que fue condenado a beber la cicuta por impiedad y corrupción filosófica de menores. Ése es el retrato que trazará de él su discípulo Platón en los veintiséis *Diálogos* que le ganarán la posteridad.

Dice el fundador de la Academia que, para esta velada en homenaje a Agatón, Sócrates ha cambiado sus harapos habituales por un hermoso traje limpio. Se ha unido tardíamente a la alegre cofradía, y, habiendo ya corrido bien el vino, el grupo ha optado por un banquete verbal, menos agotador para los invitados, que llevan festejando cuarenta y ocho horas, que las diversiones ínti-

mas que generalmente seguían a esta clase de francachelas. Dialogar en lugar de hacer el amor. El asunto comienza como un juego: se trata de que seis competidores pronuncien el mejor elogio del dios Eros.

Primero aparece bajo los rasgos del amor-virtud en boca de Fedro, que invoca perezosamente a Hesíodo. «Un gran dios es Eros», asegura, sin padre ni madre, al que sólo precede el caos. En tanto el más antiguo, es también el dios cuyos beneficios son los más grandes. El amor guía al hombre hacia las buenas acciones, dice Fedro, ya que el amado es aquel ante quien uno no puede deshonrarse, ni siquiera en la muerte. Un ejército de amantes sería un ejército invencible.

El amor es luego descrito como «doble» por Pausanias, que distingue el Eros noble, que tiene el alma por objeto, del Eros popular, obnubilado por los cuerpos. El amor es también relación entre lo humano y lo divino, según Erixímaco, que alaba a ese «dios maravilloso, cuya acción es universal». Prototipo del perfecto positivista, este médico prescribe no obstante moderar el consumo. El Eros bien regulado trae abundancia y salud; en la desmesura acechan las epidemias.

Finalmente, está el amor-fusión, retratado por Aristófanes, quien entre hipidos de risa expone a la concurrencia el irresistible «mito de las esferas». Dirigida a expresar la dimensión trágica de la pasión amorosa, la fábula —¿la farsa?— de Aristófanes hará decir al novelista Michel Houellebecq que el *Banquete* es un libro maldito por haber «intoxicado a la humanidad» introduciendo en ella «una nostalgia incurable».

La media naranja

Merece la pena detenerse en esta fábula, tan divertida como cruda. Decía Aristófanes que el hombre era originalmente una esfera. Había de tres géneros: macho, hembra y andrógino, con características de los dos primeros. Cada esfera poseía cuatro manos, cuatro piernas, dos rostros para una sola cabeza y dos órganos genitales; de modo que para engendrar parían en la tierra como

los saltamontes. Cuando se ponían a correr, parecían tentetiesos haciendo la croqueta a gran velocidad, y poseían una fuerza inmensa que constituía su orgullo, que los empujó a escalar el cielo para combatir a los dioses. Éstos se vieron en un apuro: matar a los hombres equivalía a perder las ofrendas que recibían de ellos, pero tolerar tanta insolencia tampoco era concebible. Entonces Zeus los cortó en dos «como quien corta un huevo con un pelo».

Apolo se encargó de girar el rostro y la mitad del cuello hacia el lado del corte, para que el hombre pudiera tener siempre ante sus ojos el recuerdo de su castigo y se volviera más humilde. Luego, el dios sanador recogió la piel que colgaba por todas partes sobre el vientre y la ató fuertemente «como se hace con las bolsas cerradas con cordel», dejando sólo una abertura, que hoy llamamos ombligo. Mutilados de una mitad de sí mismos, los hombres intentan entonces desesperadamente reunirse con ella, abrazándose, entrelazándose unos con otros. Eros nació de esta ausencia que los hacía tender hacia aquello que habían perdido. He aquí el motivo de mil variaciones poéticas y literarias desde la Antigüedad: el hombre es esencialmente un ser incompleto que emprende la búsqueda de su «media naranja» para recuperar su integridad.

Pero en este triste estado, totalmente entregadas a su deseo de no formar más que una entidad, negándose a hacer cualquier cosa la una sin la otra, las mitades comenzaron a morir de hambre. Y, cuando una mitad moría, la que le sobrevivía buscaba otra con quien abrazarse. Así, la especie se iba extinguiendo poco a poco. Sobrecogido por la compasión, y temiendo la desaparición de sus adoradores, Zeus hizo desplazar sus órganos sexuales de atrás hacia delante. El placer sexual no sólo iba a incitarlos a la reproducción cuando la unión se realizara entre hombres y mujeres: sobre todo debía darles un medio para aliviar su pena, aportando consuelo al terrible dolor de su pérdida. El orgasmo se convirtió en un olvido de sí, efímero, recuerdo perenne de la incompletud que nos aflige. Un momento de suspensión extática y vital.

Y cuando el abrazo es irrealizable, porque el amante no está físicamente ahí, ¿no es obvia la necesidad de suspender por un instante nuestros pensamientos hacia él? Escribe Roland Barthes

en sus *Fragmentos de un discurso amoroso*⁶ que el enamorado que no olvida «a veces» muere por exceso, fatiga y tensión de memoria. Si bien, aunque estos pocos segundos de «infidelidad» mental hacia el otro sean posibles, muy pronto se despierta uno del olvido, y una palabra acude desde el cuerpo, que expresa toda la emoción de la ausencia: «suspirar». Las dos mitades del andrógino suspiran la una por la otra, escribe Barthes, como si cada aliento, incompleto, quisiera mezclarse con el otro: es la imagen del abrazo, en tanto que funde las dos en una sola. En la ausencia amorosa, uno es, tristemente, una «imagen despegada» que se seca, amarillea y encoge. Una mitad de esfera que ya no gira.

Si hemos de creer a Aristófanes —y no parece falso que la mayoría de los hombres y mujeres abriguen esta creencia inconsciente—, desde aquel drama primitivo se nos empuja a la búsqueda del «alma gemela», cuyo encuentro restablecería la antigua naturaleza y aseguraría nuestra felicidad, como si estuviéramos condenados al amor. «Éstos son los que permanecen unidos en mutua compañía a lo largo de toda su vida y ni siquiera podrían decir qué desean conseguir realmente unos de otros», añade un Platón burlón.

Muchos siglos más tarde, André Breton sigue el rastro de este mito fundador en *El amor loco*, a través de la imagen de «la zapa-tilla de Cenicienta», que simboliza en el folclore occidental ese ser único, desconocido, que nos espera en algún lugar. Nadie ignora, asegura el escritor, que el amor se basa en la idea de que un solo ser nos corresponde, pero, como las condiciones sociales de vida parecen condenar de forma implacable tal ilusión, la mayoría acaba desesperando estúpidamente por culpa del amor. «Soportan y se acostumbran a admitir sobre todo que el amor no es para ellos, con su cortejo de claridades, esa mirada al mundo que está hecha de todos los ojos de los adivinos. Cojean de recuerdos falaces a los cuales llegan incluso a atribuir el origen de una caída inmemorial, por no sentirse demasiado culpables. Y, sin embargo, para cada uno, la promesa de cualquier instante venidero contiene todo el secreto de la vida, con la posibilidad de revelarse un día azarosa-

6. Barthes, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2011.

mente en otro ser.»⁷ Un ser por entero singular, a ojos de Breton, que se propone probar que el amor verdadero es inmortal.

El nacimiento de Eros

El discurso de Aristófanes es un prodigio de seducción que deja pasmada a la asamblea. Aún queda, no obstante, el turno de dos invitados, entre ellos Sócrates, que maquina una jugada maestra. Agatón, comparado con el sofista Gorgias, «monstruo de elocuencia», cae en su intervención en una blanda cursilería: canta a un Eros «padre de la molicie y la voluptuosidad», y, por así decirlo, analgésico. Entonces Sócrates, como un rayo, opera un formidable cambio de perspectiva, bajando los humos a sus aturridos comensales. Rinde reverencias al discurso «bello y rico» de Agatón, para desarmarlo pieza por pieza, al igual que los de sus predecesores. Él no cae en el ditirambo empalagoso: ofrece la famosa «verdad» que ha prometido y que posee, recordémoslo, gracias a la sacerdotisa de Mantinea.

Si el deseo es «deseo de algo» y sólo se desea lo que no se tiene, los panegiristas presentes se equivocan al adornar el amor con todos los bienes y las bellezas. En el mejor de los casos, sólo han visto una verdad muy parcial. El error, denuncia Sócrates, proviene de considerar que amor es lo que es amado y no lo que ama. Comprender el amor es comprender no por qué se ama algo, sino por qué se ama. Por ahí, resulta esclarecedora la genealogía de Eros comunicada por Diotima, por boca de ese «sileño hirsuto» que es Sócrates.

«Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete. Entre otros, estaba Poros, hijo de Metis.» Concluida la comida, vino a mendigar Penia, que, como era de esperar en una ocasión festiva, estaba cerca de la puerta.⁸ Mientras Penia recogía las mi-

7. Breton, André, *El amor loco*, Alianza Editorial, Madrid, 2018.

8. Poros, en español, equivale a Recurso o Astucia; su madre Metis, esposa de Zeus, personifica la Prudencia, así como Penia, la mendiga, es la Pobreza. (*N. del t.*)

gajas vio a Poros «ebrio de néctar», dormido en el jardín, circunstancia que aprovechó para hacerle un hijo. Nació entonces el retoño Eros, pobre por parte de madre «y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, más bien duro y seco, descalzo y sin casa», mas siempre «al acecho de lo bello y lo bueno», de acuerdo con la naturaleza del padre. La imagen del amor es, pues, la de un sintecho que duerme al raso pero que es también viril, apasionado, filósofo y hechicero. Eros será constitutivamente esa ausencia que, como el Ulises de Homero, nutre de una poderosa energía creativa para sobreponerse y rescatar al hombre de su indigencia ontológica. Según la mujer de Mantinea, el amor es esa fuerza sublime que ayuda a los seres humanos a alcanzar la única inmortalidad a su alcance, la aparente inmortalidad a la que se llega perdurando a través de un hijo o de una obra. La procreación o la posteridad: elige tu propia supervivencia.

El lado oscuro de la fuerza

Pero si Eros no es ni feo ni hermoso, ni pobre ni rico, ni ignorante ni sabio, no puede ser él mismo un dios. ¿Qué es entonces? Eros es un *daimonion*, desvela la sacerdotisa, «un intermediario entre los dioses y los mortales». Y gracias al alto patrocinio de Afrodita, nacida el día de su concepción, es una fuerza ascensional enteramente dirigida por el deseo de lo bello, lo bello que, como se sabe, está siempre ligado en Platón a lo bueno y lo verdadero.

Platón va derecho, sin vacilaciones, «y agarra con sus pinzas mentales el nervio tremebundo del amor»,⁹ en notable expresión del pensador madrileño José Ortega y Gasset. Que el lector intente —prosigue Ortega— representarse un estado amoroso donde el objeto no presente a los ojos del que ama ningún haz de excelencia: verá que es imposible. «Enamorarse es sentirse encantado por algo, y algo sólo puede encantar si es o parece

9. Ortega y Gasset, José, *Estudios sobre el amor*, Biblioteca Edaf, Madrid, 1995.

ser perfección.» Eso no quiere decir que el ser amado aparezca como íntegramente perfecto —es el error de Stendhal, observa Ortega—, sino que basta con que haya en él alguna perfección, esto es, en el horizonte humano, que nos parece superar al resto.

Pero es el *Fedro*, otro diálogo de Platón que trata del amor, el que mejor ilumina sobre la razón por la cual lo bello es el primer objeto de nuestro deseo. Caídos del cielo de las Ideas puras al lodazal del mundo sensible, hemos olvidado las formas antaño percibidas en la plenitud de su eternidad. Sólo la Belleza, cuyo rasgo singular es el resplandor, nos deslumbró para siempre. Es por eso que, ante el reflejo de la belleza que se presenta a veces en la tierra, el alma, como un corcel alado, se agita y quiere reanudar el vuelo. El enamorado se desgaja así del tiempo menesteroso que pasa. «Una cosa bella es un goce eterno», escribió el poeta inglés John Keats.

Sólo que Eros, como hemos visto, no es un dios, y aún menos un ángel de dulzura y voluptuosidad: es un *daimonion*, esto es, un demonio. Al anunciarse, trae un trastorno extraordinario, un arrasamiento, un choque, una locura que llena al que ama de emociones contradictorias. Y es aún peor, con toda evidencia, cuando se va. ¿Por qué esa impresión de catástrofe irreparable, este desconcierto que puede llevar a la muerte si se pierde al ser amado? La inmensidad del dolor amoroso es abismalmente enigmática. Sólo cabe explicarla recurriendo a la teoría platónica según la cual lo que se vive durante un día, una semana o diez años participa de lo eterno. De golpe, se cae desde lo alto: todo está perdido. Se pierde algo más que la vida, se pierde la razón para vivir.

Aquí se desvela también la visión socrática de la tragedia de la existencia: la dolorosa paradoja del hombre que aspira a la eternidad sabiéndose mortal. La estructura metafísica del amor y la del deseo acusan el mismo desgarró. Aquel que desea verá aumentar su deseo hasta la tortura si no lo obtiene, y aquel que parece poseer el objeto de su deseo debe luchar para mantener en el futuro aquello de lo que goza. Si el tiempo parece suspender su vuelo mientras dura la euforia amorosa, la inquietud del mañana sobreviene en cuanto se cree ser feliz en el Olimpo.

Cuando, al final del *Banquete*, el bello Alcibíades irrumpe y reprocha a Sócrates no haber respondido a sus insinuaciones ga-

lantes, lo que expresa es la locura de la atracción amorosa, el sufrimiento que engendra, la ausencia de sí mismo. Se siente, dice, como si una «víbora» le hubiese mordido. Y, sin embargo, aquel que no vive la aventura de Eros y no padece el aguijón de la ausencia ¿no esconde bajo los nombres de sabiduría y templanza una forma de muerte? «Si fuera así, entonces las piedras y los muertos serían felicísimos», dice Calicles en el *Gorgias*. Quien no desea ni ama ya no es del todo un hombre.

Hacia el océano de lo Bello

El amor es, pues, amor a la belleza. No podría circunscribirse al amor físico de los cuerpos, en sí mismos perecederos. (Por cierto, que Sócrates sabía algo de esto: a pesar de su célebre fealdad, de su barriga y sus ojos de cangrejo, ejercía un irresistible poder de atracción sobre sus grupis.)

Diotima invita a subir una escalera de seis peldaños. Si el amor es deseo de engendrar en la perfección, lo Bello será la modalidad de un tipo de alumbramiento. «De un solo cuerpo bello a dos cuerpos bellos, de dos cuerpos bellos a todos los cuerpos bellos», de los cuerpos bellos a las bellas ocupaciones, a los bellos conocimientos, a la ciencia de lo bello... El último término de la revelación es el conocimiento de la belleza, de lo bello eterno, en sí y por sí. Cuando por fin logramos percibirlo, llegamos «al punto de la vida en que, para el ser humano, la vida merece ser vivida». Aquel que logre esta contemplación sabe distinguir esta belleza de la del oro, o de la de los cuerpos abocados al declive. «Es la verdad lo que toca.» Lo inmutable. Por eso, el *Fedro* afirma que el principio que debe inspirar a los hombres durante su vida no es ni la riqueza ni la gloria, sino el amor en el más alto grado.

Al «funesto deseo» de Lucrecio, a la ilusión cegadora de la pasión amorosa que describen sus sucesores, Platón antepone el deseo alado, la luz de lo inteligible, la fecundidad espiritual del amor. Para él, el amor tiende a la felicidad, no en la satisfacción cotidiana del impulso carnal, sino al colmar una carencia y renovar un deseo cada vez más elevado. Notemos que ese progreso

hacia lo incorpóreo dará más tarde, por deslizamiento, la definición asexual de los «amores platónicos». Pero sería un error creer que en Platón la dimensión física queda arrinconada por completo. Más bien se la describe como la primera etapa de la ascensión del alma. El amor terrenal, el amor de los cuerpos, ciertamente no conduce más que a un sucedáneo de eternidad. Un *ersatz* hecho de jirones que se juntan como en un *patchwork*, pero que proporciona un efecto de durabilidad. En el *Fedro*, los amantes que se abrazan no caerán en las cavidades del averno: ganarán sus alas con el tiempo. Hay genuina belleza en el impulso que les hace sentirse metafísicamente porosos a otra alma.

Para nuestra desdicha, asegura Lacan, «el amor está desde hace tiempo desacoplado de la belleza». En nuestra época, la magia negra del amor se ha convertido en una sórdida trivialidad, en un avaro fiasco entre dos cuerpos. Las novelas de Michel Houellebecq exponen crudamente el envilecimiento hoy de lo erótico. Muestran el abismo de putrefacción al que se llega si el coito es simple capital narcisista. Si Platón encadenó el deseo a la ausencia, la miseria del presente es haber sustituido la carencia metafísica por la necesidad vulgar, inagotable máquina generadora de frustración. «Se le quita al sujeto su deseo —de nuevo Lacan— y a cambio se le envía al mercado, donde pasa a subasta general.» En la era de la intercambiabilidad de los cuerpos y la insaciabilidad perpetua, el impulso erótico se vuelve tiránico. «Un alma esclavizada de este modo pone la proa a la penuria y el vacío», pronosticaba el *Fedro*. Un desfile fantasmal de cuerpos cada vez menos habitados. Un pozo sin fondo de tristeza para hombres y mujeres, convertidos es íncubos y súcubos los unos de los otros.

Volvamos a afirmar con Sócrates, aconseja Alain Badiou, «la Idea verdadera, el Principio, contra el fantasma de esa libertad que nos dobla, la libertad de depender de objetos insignificantes y deseos minúsculos». ¿Debemos recuperar, para redimir a Eros, el entusiasmo del corazón puro? También Ortega y Gasset pedía ya a principios del pasado siglo pensar de nuevo la verdad del amor: «esa fuerza elemental y cósmica» que nos mueve misteriosamente.